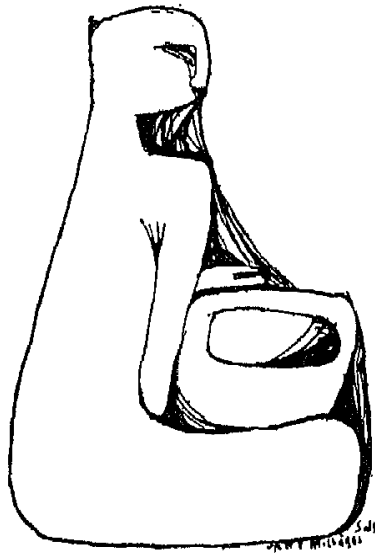


TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

LEYENDA DE UNA SONATA

Estampa romántica en un acto,
dividido en dos cuadros.

PERSONAJES

MARÍA BRUCH.

LAURA.

SEÑORA.

LUDWIG VAN BEETHOVEN.

JOHAN BRUCH.

PRÍNCIPE LICHNOWSKY.

CABALLERO 1.º

CABALLERO 2.º

CABALLERO 3.º

CABALLERO 4.º

CABALLERO 5.º

CABALLERO 6.º

CABALLERO 7.º

HOMBRES Y MUJ.

Circunstancias en que se imaginó.

En el verano del año 1964 me encontraba en la isla de Tenerife haciendo mi primer campamento de Milicias Universitarias. Recuerdo con qué alegría vela aproximarse los sábados y días de fiesta, pues ello suponía, entre otras muchas cosas, el no tener que soportar aquel cornetín que, de forma despiadada, hería nuestros oídos a las seis y media de cada mañana.

Y fue precisamente en uno de aquellos permisos, que invariablemente utilizaba para visitar Santa Cruz, cuando compré un libro que, tras su lectura, me dio pie para componer esta escenificación romántica. Se trataba de La sinfonía inacabada de Alejandro Casona, autor de quien, meses antes, había obtenido el autógrafo en Las Palmas.

Confieso que aquel homenaje a Franz Schubert me llamó tanto la atención que en mí nació la idea de dar tributo a mi músico favorito: Ludwig van Beethoven.

La tarea, en un principio tentadora, se presentaba llena de inconvenientes: la vida de Beethoven se mostraba riquísima en anécdotas y la labor de selección, por tanto, bastante difícil. Mas, como contrapartida a la dificultad, estaba ese ferviente deseo de poder brindar mi pequeño homenaje al gran Beethoven, personaje que me habla y me sigue deparando inigualables instantes de goce musical.

Y mi ambición iba a más: quería presentar un Beethoven diferente, amable, sin la angustia de su futura sordera o en posesión de ella; quería dar a conocer un Beethoven que no nos inspirase compasión ni complejo ante su genialidad desmesurada; quería, en suma, que el Beethoven al que pretendía dar vida fuera tan sencillo como cualquier persona sencilla.

Fue el azar el que me ofreció la oportunidad tanto tiempo esperada: las circunstancias en que una de sus obras más conocidas se había escrito, la estaba oyendo en un programa musical de radio. Todo encajaba a la perfección en mis deseos. No cabía duda: había encontrado el motivo de mi homenaje a Ludwig van Beethoven.

P R E S E N T A C I Ó N

(A telón corrido)

VOZ DEL PRESENTADOR.—Señoras y señores: tratar de darles a conocer al personaje central de esta obra, Ludwig van Beethoven, sería una labor que llevaría mucho tiempo. De todos los momentos de su vida se habría de hacer mención o, al menos, de los más importantes y lo que, en un principio, fuese presentación terminaría por ser disertación sobre el gran músico; de ahí que la dificultad se dejase sentir desde el primer instante. Mas, confiando en la buena voluntad de todos, vamos a pasar por alto esta circunstancia y, así, entraremos de lleno en el motivo sobre el que se basa esta escenificación.

Cuando, en 1802, compuso Beethoven su sonata para piano en do sostenido menor la denominó *Sonata quasi una fantasía*. Y ha sido precisamente esa palabra —fantasía— la que, desde entonces, ha proporcionado a críticos musicales el tema suficiente para dar por base a esta composición un conjunto de leyendas románticas.

Algunos manifiestan que esta obra narra el recuerdo de los momentos pasados junto a su amada. Otros el reflejo de la felicidad y del mal de amor. Otros que Beethoven se inspiró en una composición poética de Seume: *La oración* —plegaria de una joven ante un altar por su padre enfermo—, describiendo su música la súplica de esta hija.

Pese a todo lo dicho, la historia que, en tiempos de Beethoven, corría sobre su sonata *Claro de luna* —llamada así medio siglo más tarde por el crítico Ludwig Rellstab—, era la que hoy constituye tema de esta estampa romántica.

LEYENDA DE UNA SONATA

ACTO ÚNICO

Cuadro primero

La acción transcurre en Viena, a principios del siglo XIX.

A telón corrido, se oye el final de la sonata en do menor, op. 13, de Beethoven, Sonata patética. Al acabar ésta se escuchan aplausos, confundándose, más tarde, con voces de personas que comentan.

El escenario representa un «entre bastidores» de un teatro.

Al levantarse el telón, hay en escena varios grupos. De izquierda a derecha, que son las del espectador, se encuentra un primer grupo de dos caballeros, a los que llamaremos caballeros 1.º y 2.º. Más hacia el centro, y en primer término, María y Johan Bruch, ambos de una edad comprendida entre los 25 y 30 años. En segundo término y hacia la derecha, un tercer grupo compuesto por los caballeros 3.º, 4.º y 5.º. A continuación, y en primer término, los caballeros 6.º y 7.º, una señora y Ludwig van Beethoven, que representa unos treinta años. Mientras dura el cuadro, pasan, con cierta regularidad, señoras y caballeros buscando la salida —lateral izquierdo— o yendo a los camerinos del teatro —lateral derecho—. Se comenta en los grupos.

Empieza la acción.

CABALLERO 1.º.—(A caballero 2.º.) ¿Qué le ha parecido el recital?

CABALLERO 2.º.—Créame: no sé qué pensar. Este muchacho es desconcertante.

- CABALLERO 1.º.—¿Desconcertante?
- CABALLERO 2.º.—Sí. No encuentro otra palabra para expresar la sensación que ha producido en mí.
- CABALLERO 1.º.—¿Reconocerá al menos la brillantez de su juego?
- CABALLERO 2.º.—Me gustaría, pero no puedo. Noto una gran falta de delicadeza en su ejecución. Además...
- CABALLERO 1.º.—*(Interrumpiendo.)* ¡Por Dios! No diga usted eso.
- CABALLERO 2.º.—...en ocasiones se me antoja algo borroso.
- CABALLERO 3.º.—*(Que se aproxima desde el tercer grupo.)*
¿Qué tal, señores? ¿Me equivoco o hablan del joven Beethoven?
- CABALLERO 1.º.—Eso hacemos.
- CABALLERO 2.º.—Y el desconcierto reina entre nosotros.
- CABALLERO 1.º.—En usted solamente, mi querido amigo.
En usted solamente. *(A caballero 3.º.)* ¿Y qué opina nuestro primer crítico musical?
- CABALLERO 3.º.—No dejo de reconocer su valía al improvisar libremente. En esos momentos es cuando verdaderamente se encuentra a sus anchas... ¡El tiempo dirá!
- CABALLERO 3.º.—Señores: Viena está plagada de músicos deseosos de fama. ¿Qué de particular hay que, de vez en cuando, nos llame la atención alguno que otro? De lamentar sería si no ocurriese así.
- MARÍA.—*(Que junto con su hermano han permanecido escuchando al grupo anterior.)* ¿Has oído, Johan?
- JOHAN.—Sí.
- MARÍA.—¿Y no te dan ganas de abrirles los ojos? ¿De decirles que están ante una figura inmortal?
- JOHAN.—En todas partes hay gente ciega... ¡Oh, perdón! He debido ofenderte.
- MARÍA.—No te preocupes. El ser ciega no me impide apreciar la belleza. Y lo que esta noche he oído me ha llenado de felicidad.
- JOHAN.—¿Tanto te gusta su música?
- MARÍA.—Siento verdadera pasión por ella. *(Con vehemencia.)* Sus acordes son la misma luz del día más claro y brillante... Sé lo que piensas: que debo estar loca

al hablar de luz y claridad, cuando para mí todo es la oscuridad de la noche más cerrada.

JOHAN.—Querida María: ¿qué te parece si nos vamos? El concierto terminó hace rato.

MARÍA.—(*Sin hacer caso.*) ¿Te fijaste en el conjunto de adornos accidentales, que luego terminaban en motivos llenos de verdadera belleza? ¿Y después, modulando en un tono completamente distinto, cómo expresaba las pasiones más violentas? Créeme, Johan: estamos ante un genio de ejecución soberbia.

JOHAN.—¿Soberbia?

MARÍA.—Sí. Tan soberbia y grandiosa como su inventiva.

JOHAN.—Por favor, María: ¿salimos?

MARÍA.—Ahora. Pero antes dime una cosa.

JOHAN.—¿Qué quieres saber?

MARÍA.—¿Puede verse desde aquí a Beethoven?

JOHAN.—(*Mirando.*) Sí. Está rodeado de personas que le hablan.

MARÍA.—¿Por qué no vas a él y le pides que nos escriba su nombre en un papel?

JOHAN.—¿Te has vuelto loca?

MARÍA.—Quizás. Jamás podré ver lo escrito, pero es un capricho. Además, si no lo hace, iré yo misma.

JOHAN.—Está bien: iré. Pero no me gustaría dejarte sola.

MARÍA.—Llama entonces a Laura.

JOHAN.—(*Mirando hacia el lateral izquierdo.*) Está junto a la puerta. (*Hace unas señas.*) Ya nos ha visto. (*Del lugar indicado sale Laura, mujer de unos cuarenta años, doncella de María, que se aproxima a ellos.*)

MARÍA.—¿Viene?

JOHAN.—Sí. Aquí está.

LAURA.—¿Desea algo la señorita?

MARÍA.—Sí, Laura. Acompáñame un momento... (*Llamando:*) Johan.

JOHAN.—¿Qué, hermana?

MARÍA.—Ya puedes ir. Te espero en la salida.

JOHAN.—De acuerdo.

MARÍA.—Vamos, Laura.

LAURA.—¿Acompaño a la señorita a su casa?

MARÍA.—No. Llévame junto a la puerta y luego podrás irte.

(María y Laura van hacia el lateral izquierdo. La segunda desaparece por él, mientras María permanece en el lugar. Johan, por otra parte, se encamina hacia el grupo en donde se encuentra Beethoven. Al pasar junto a los caballeros 4.º y 5.º, le saluda el primero.)

CABALLERO 4.º.—¡Johan Bruch! ¡Qué sorpresa!

JOHAN.—Buenas noches.

CABALLERO 4.º.—¿Qué tal está?

JOHAN.—*(Saludando con la mano.)* Muy bien, gracias. ¿Y usted?

CABALLERO 4.º.—Perfectamente, gracias... ¡Qué! ¿Qué le ha parecido el concierto?

JOHAN.—Ya sabe que la música no es mi fuerte.

CABALLERO 4.º.—¿Entonces?

JOHAN.—He venido por acompañar a mi hermana, que, por cierto, se ha empeñado en que pida a Beethoven su firma.

CABALLERO 5.º.—¡Ah! ¿Esa señorita que estaba con usted era su hermana?

JOHAN.—Así es.

CABALLERO 4.º.—¡Oh, perdonen! Ustedes no deben conocerse. Johan Bruch. Johan: el director de mi periódico.

JOHAN.—Mucho gusto.

CABALLERO 5.º.—*(Dándole la mano.)* Encantado.

CABALLERO 4.º.—¿Entonces la buena de María quiere el autógrafo de Beethoven?

JOHAN.—Efectivamente.

CABALLERO 4.º.—Pues no se preocupe. Yo mismo me encargaré de presentárselo.

JOHAN.—No sabe cómo se lo agradezco.

CABALLERO 4.º.—*(Al caballero 5.º.)* ¿Sabrá dispensarnos?

CABALLERO 5.º.—Por favor, vayan.

JOHAN.—*(A caballero 5.º.)* Buenas noches.

CABALLERO 5.º.—Buenas noches.

(El caballero 5.º hace mutis por el lateral izquierdo, mientras Johan y el caballero 4.º se acercan a Beethoven.)

CABALLERO 6.º.—Créame, señor Beethoven: su recital ha sido extraordinario.

BEETHOVEN.—Muchas gracias.

SEÑORA.—Prométame que muy pronto nos visitará para deleitarnos con su música.

BEETHOVEN.—La verdad, no sé...

CABALLERO 7.º.—(*Amable.*) No valen excusas. Tanto mi esposa como yo tenemos verdaderos deseos de oírle nuevamente.

BEETHOVEN.—No prometo nada, pero haré lo posible porque así sea.

SEÑORA.—¡Oh! Será una velada maravillosa. Digna de pasar a la historia.

CABALLERO 4.º.—(*Interrumpiendo.*) ¿Me permiten?

CABALLERO 6.º.—No faltaba más.

CABALLERO 4.º.—Amigo Beethoven: quisiera presentarle a otro amigo muy apreciado.

BEETHOVEN.—¿Cuántos lleva esta noche?

CABALLERO 4.º.—(*Riendo.*) He perdido la cuenta.

BEETHOVEN.—¿Y bien?

CABALLERO 4.º.—¡Oh, sí! Ludwig van Beethoven. Johan Bruch.

JOHAN.—(*Saludando.*) Es para mí un placer el conocerle.

BEETHOVEN.—Encantado.

JOHAN.—Aunque mi opinión vale muy poco, ya que no soy entendido en música, quisiera felicitarle.

BEETHOVEN.—Se lo agradezco. Lo que no alcanzo a comprender es como existen personas a quienes la música no dice nada.

CABALLERO 4.º.—(*A Beethoven.*) Johan quería pedirle un favor.

BEETHOVEN.—(*A Johan.*) Usted dirá.

JOHAN.—Desearía, si no tiene inconveniente, nos regalase su firma.

BEETHOVEN.—¿Nos..?

JOHAN.—Sí. Mi hermana y yo.

BEETHOVEN.—No la veo.

JOHAN.—Es que...

(*Por el lateral derecho ha aparecido el príncipe Lichnowsky, hombre de unos cuarenta años, quien, al llegar al grupo, interrumpe a Johan.*)

P. LICHNOWSKY.—Perdonen. Por favor, Ludwig, ¿podría hablarle?

BEETHOVEN.—Enseguida soy suyo, príncipe Lichnowsky.
(*A los restantes.*) ¿Espero sabrán excusarme durante unos instantes?

CABALLERO 4.º.—Está usted excusado, caballero.

(*Beethoven, junto con el príncipe, se encaminan al lado izquierdo del escenario. Allí continúa hablando el primer grupo.*)

CABALLERO 1.º.—(*A caballeros 2.º y 3.º.*) Me gustaría demostrarles que están en un error. Creo que de su persona y música se escribirán el día de mañana grandes elogios.

CABALLERO 2.º.—No opino lo mismo. Usted pretende...

CABALLERO 3.º.—(*Interrumpiendo.*) Propongo otro lugar para continuar esta pequeña discusión. ¿Qué les parece mi idea?

CABALLERO 2.º.—Muy acertada.

CABALLERO 1.º.—Sí. Salgamos. (*Hacen mutis por el lateral izquierdo.*)

BEETHOVEN.—¿Quería usted, príncipe?

P. LICHNOWSKY.—Zafarle de esas personas que no han cesado de molestarle.

BEETHOVEN.—Ha estado muy oportuno, porque empezaba a encontrarme cansado.

P. LICHNOWSKY.—¿Por qué no se marcha?

BEETHOVEN.—Sí. Eso haré... Le espero en el café.

P. LICHNOWSKY.—De acuerdo. Allí nos veremos. Y, en cuanto a esa gente, no se preocupe. La llevaré a un camarero y, al cabo de un rato, volveré para decirles que usted ha tenido que irse víctima de una jaqueca.

BEETHOVEN.—Gracias. Piensa en todo.

(*El príncipe Lichnowsky se acerca al grupo y, tras decirles unas palabras, salen por el lateral derecho. Beethoven se dirige entonces a la salida, en donde se halla María, quien al oír pasos se vuelve hacia el lugar de donde provienen.*)

MARÍA.—¿Eres tú, Johan?

BEETHOVEN.—No, señorita.

MARÍA.—Perdone... ¿Sale del concierto?

BEETHOVEN.—Así es.

MARÍA.—¿Y por casualidad no ha visto a Johan Bruch?

BEETHOVEN.—¡Ah! Entonces...

MARÍA.—¿Decía?

BEETHOVEN.—No, nada. Que no le conozco.

MARÍA.—Es que hace rato que le espero. Le pedí que fuese a rogar a Beethoven su autógrafo y aún no ha vuelto.

BEETHOVEN.—Si lo desea podemos buscarle.

MARÍA.—Sería inútil: usted no lo conoce y yo no veo.

BEETHOVEN.—Lo siento.

MARÍA.—(*Después de una pausa.*) ¿Decía usted que se llamaba?

BEETHOVEN.—No lo he dicho aún. Mi nombre es... Peter Schenck. ¿Y el suyo?

MARÍA.—María Bruch. ¿Me dijo que había asistido a la audición?

BEETHOVEN.—Sí.

MARÍA.—¿Le ha gustado?

BEETHOVEN.—Quisiera conocer antes su parecer.

MARÍA.—(*Solemne.*) La música de Beethoven es única. Para mí, la mejor.

BEETHOVEN.—Si Beethoven escuchase eso.

MARÍA.—¿Es que acaso le conoce?

BEETHOVEN.—De toda la vida. Se puede decir que sé de todos sus problemas y hasta, en ocasiones, me permito interpretar su música.

MARÍA.—Oyéndole decir estas cosas me siento feliz.

BEETHOVEN.—¿Por qué?

MARÍA.—Siempre he deseado encontrar alguna persona con quien poder hablar sobre Beethoven.

BEETHOVEN.—¿Tanto le estima?

MARÍA.—¡Tanto! Pero aquí no podemos estar con comodidad. ¿Querría acompañarme a mi casa? Bueno, aún no le he preguntado si le molesta estar en compañía de una ciega.

BEETHOVEN.—Todo lo contrario. Es para mí un honor inmenso.

MARÍA.—Gracias. Vivo cerca.

BEETHOVEN.—Pero, ¿y su hermano?

MARÍA.—No se preocupe. No es la primera vez que salgo sola a la calle. Desde hace siete años, época en que se inició Beethoven como concertista en Viena, no he dejado de oírle y, a la fuerza, he aprendido el camino.

BEETHOVEN.—¡Es usted admirable!

MARÍA.—Por favor, no hablemos de mí. Hagámoslo de Beethoven.

BEETHOVEN.—Como guste.

MARÍA.—Vayamos entonces a mi casa. Ardo en deseos de saber todo aquello que me pueda contar... ¡Qué tonta soy! ¿Podrá creer que estoy emocionada?

BEETHOVEN.—No es para tanto.

MARÍA.—Sí que lo es. Y es que he esperado tanto este momento...

BEETHOVEN.—¿Salimos?

MARÍA.—Sí.

(Beethoven ofrece su brazo a María y hacen mutis por el lateral izquierdo.)

Oscuro.

Cuadro segundo

Salón de estar en casa de María Bruch: mobiliario propio del lugar, adecuado a la época. Adosado al lateral izquierdo, un piano. El foro representa una de las paredes de la habitación y, en su centro, hay una gran puerta que comunica a un jardín. Es de noche y, por ella, entra el resplandor de la luna.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena.

Empieza la acción.

(Se oyen golpes en la puerta de entrada y, por la del jardín, aparece Laura. Atraviesa el escenario saliendo por el primer lateral derecho para, segundos después, entrar junto con María y Beethoven.)

MARÍA.—*(Moviéndose con soltura y conociendo la exacta posición de todos los objetos en la habitación.)* Por favor, entre y acomódese.

BEETHOVEN.—Gracias.

MARÍA.—Laura: toma el sombrero del señor... (*A Beethoven.*) A todo esto no sé si lo lleva

BEETHOVEN.—(*Sorprendido.*) Lo llevo.

MARÍA.—(*A Laura.*) Toma el sombrero del señor. (*Ríe.*) La verdad es que me lo imaginaba con él. No sé por qué. (*Sale Laura por el segundo lateral derecho.*) Siéntese. (*Se sientan.*)

BEETHOVEN.—Gracias. (*Contemplando la habitación.*) Tiene usted una casa muy bonita.

MARÍA.—¿De veras le gusta?

BEETHOVEN.—Mucho.

MARÍA.—Suya es.

BEETHOVEN.—¡Oh! Muy agradecido... Además está situada en un lugar muy alegre y tranquilo.

MARÍA.—¿Sí?

BEETHOVEN.—(*Soñador.*) Sí. Adoro la tranquilidad. A menudo suelo pasear horas y horas por los bosques, porque en ellos encuentro una felicidad tan grande que es imposible describir. De los árboles, plantas y del animalillo más insignificante parece brotar un maravilloso canto a la naturaleza. Y yo no me canso de escuchar... ¡Oh, perdone! Estaba con usted y la había abandonado por mis sueños.

MARÍA.—No diga eso... ¿Pasea Beethoven por los bosques?

BEETHOVEN.—De él lo he aprendido. Él me ha enseñado a sentarme entre los matorrales para oír el rumor de las hojas en los árboles. Cómo se agitan con el viento y gritan con alegría su verdor y vida. Cómo gimen al sentir cortada la savia para terminar pisoteadas en el suelo. También me ha enseñado a querer a los árboles como a hermanos. A saber apreciar cuándo lloran y cuándo ríen.

MARÍA.—¡Cómo me gustaría conocerle!

BEETHOVEN.—Quizás algún día.

MARÍA.—Es que no desearía morir sin haber estado cerca de él. Sin haberle oído.

BEETHOVEN.—No piense en la muerte. Es usted demasiado joven.

MARÍA.—¿Puedo decirle algo?

BEETHOVEN.—La escucho.

MARÍA.—Pero antes prométame que no le diré nada.

BEETHOVEN.—Prometido, ¿Qué es ello?

MARÍA.—Sueño conque algún día llegue a mi casa. Se siente al piano y toque para mí. ¿Lo comprende? Para mí solamente.

BEETHOVEN.—Y si así ocurriera, ¿qué haría usted?

MARÍA.—No sé. Mi sueño no ha pasado de ahí. Tal vez moriría de gozo.

BEETHOVEN.—Otra vez la idea de la muerte. ¿Por qué?

MARÍA.—Por la inutilidad que represento.

BEETHOVEN.—Usted no es una inútil. Su sola presencia en este mundo es ya una ayuda y alegría para cualquier humano... La idea de la muerte déjemela a mí.

MARÍA.—¿Por qué razón?

BEETHOVEN.—Porque yo soy el que dentro de unos meses, un año, seré inútil. ¡Mis oídos dejarán de oír! Ya nunca más podré percibir sonido alguno. ¿Comprende mi tragedia? ¡Jamás volveré a escuchar el canto de la naturaleza! Las hojas se vestirán de silencio en los árboles. Los animalillos enmudecerán en el bosque. Los hombres me insultarán y yo pondré buena cara porque no oiré nada. ¡Nada! *(Cambiando de tono)* ¡Qué egoísta soy! Había venido para hablarle de Beethoven y la aburro con mis problemas.

MARÍA.—Sí; dejemos a un lado nuestras desgracias. Cuénteme algo más de él.

BEETHOVEN.—¿Qué podría decirle?

MARÍA.—¿Pasa apuros económicos?

BEETHOVEN.—El príncipe Lichnowsky es muy generoso con él.

MARÍA.—Y sus obras, ¿no consigue venderlas?

BEETHOVEN.—Sí. Y más ahora que ya ha adquirido algún nombre.

MARÍA.—¡Ojalá pudiera ayudarle!

BEETHOVEN.—Créame que su devoción por él vale todo el oro del mundo.

MARÍA.—*(Tras un silencio.)* Hábleme de su juventud.

BEETHOVEN.—Fue muy desgraciada. Tan desgraciada que no puede compararse a ninguna. *(Pensativo.)* Desde que sus ojos contemplaron la maldad del mundo, vió el vicio en la persona de su padre: un ser despreciable dedicado a la bebida, la cual hacía que gol-

pease a lo que más quería Beethoven: su madre. ¡Cuántas veces se lo he oído contar al mismo Beethoven! Sus puños se crispaban, se cerraban amenazadores, al recordar la figura de su padre y luego, al desaparecer ésta y surgir la de su madre, toda su persona se abría con amor al recuerdo de aquella mujer.

MARÍA.—¿Y qué fue de ellos?

BEETHOVEN.—Su padre, con la bebida, perdió la voz que era su único sustento y, por ella, no alcanzó el cargo de maestro de capilla que había ostentado su padre.

MARÍA.—Tal vez lo ocupe su hijo.

BEETHOVEN.—No lo creo. Él está llamado a empresas más altas.

MARÍA.—¿Y su madre?

BEETHOVEN.—¡Su madre! Nunca vivió criatura más delicada y buena. A su hijo he visto muchas veces llenársele los ojos de lágrimas al pensar en ella.

MARÍA.—¿Murió?

BEETHOVEN.—Sí. Fue en un día de viento y lluvia. Una de sus manos era para su hijo. Las puertas golpeaban. Una luz pequeña en la habitación que apenas dejaba ver un rostro blanquecino. Reinaba un gran silencio hasta que, a la vista de unos ojos inmóviles y fríos, estalló un gran sollozo de Beethoven...

MARÍA.—¡Cuánto debió sufrir!

BEETHOVEN.—Mucho. (*Cambiando de tono.*) Hablemos de otra cosa. ¿Sabe que este salón es muy acogedor?

MARÍA.—Aquí es donde paso la mayor parte de mis ratos.

BEETHOVEN.—¿Y qué hace usted?

MARÍA.—Me siento en este sillón y pienso. También...

BEETHOVEN.—(*Ante la indecisión de María.*) ¿Sí?

MARÍA.—Me da vergüenza decirlo.

BEETHOVEN.—Por favor, no la tenga.

MARÍA.—(*Con timidez.*) Toco el piano. Lo hago mal, pero así y todo logro sacar de él las melodías de Beethoven que han quedado grabadas en mi mente.

BEETHOVEN.—¿Le importa que le repita que es usted admirable?

MARÍA.—(*Riendo.*) Me lo voy a creer.

BEETHOVEN.—Es lo que pretendo.

MARÍA.—(*Desviando la conversación.*) ¡Ah! Pero usted me dijo que sabía interpretar a Beethoven. ¿Por qué no lo hace ahora?

BEETHOVEN.—No sé si debo.

MARÍA.—Se lo ruego.

BEETHOVEN.—(*Se levanta y se acerca a la puerta del jardín.*) Hace una noche de luna muy clara.

MARÍA.—¿Sí?

BEETHOVEN.—Voy a apagar este par de candelabros y tocaré con la luz que entra del jardín.

MARÍA.—Haga lo que guste.

BEETHOVEN.—(*Apaga las velas y se sienta al piano.*) Interpretaré una sonata.

MARÍA.—(*Sonriendo.*) ¿Al claro de la luna?

BEETHOVEN.—Sí. Al claro de la luna.

(*Comienzan a escucharse los primeros acordes de la sonata y, al rato, empieza a caer el telón muy lentamente.*)

FIN DE LA

LEYENDA DE UNA SONATA

PEDRO SCHLUETER CABALLERO